



QUIRÓS Y LAS FIESTAS DEL MONSERRAT

LA Patria agradecida celebró el 250° aniversario de la fundación del Colegio de Nuestra Señora de Monserrat, porque el Colegio está vinculado íntimamente a la historia de la sociedad argentina, en la que bien podemos distinguir tres períodos. La llegada primero de los conquistadores y colonizadores; la realización en una segunda época de la sociedad civil, fructificada en sus campos, en sus escuelas y en sus templos; por último, aquellos primeros embajadores de la civilización cristiana tuvieron su floración histórica en los paladines de la Independencia, mñlites de la espada y de la pluma.

Los primeros trajeron a las tierras vírgenes de América la guerra por la paz — de que nos habla San Agustín — y en ella adoctrinaron en las dulzuras del Evangelio al indígena, y modificaron la vida para orientar, ordenar y dirigirlos con la ciencia de la vida. La cultura de la mente y del corazzón al impulso del ardor religioso, avanzó y poco a poco se hacía patria porque se despertaba la conciencia de la propia personalidad. Habiendo cesado la actividad de la conquista, las ciudades, aunque pequeñas,

forman centros característicos cada uno, centros todos de elaboración en su aislamiento de la nueva sociedad.

Es entonces cuando en las escuelas y universidades de esta parte de América se inicia la historia de la evolución del pensamiento social argentino. La comprensión del ciclo y su gesta, resulta de la fusión del elemento ecuménico, civilización cristiana, y del particular amor natural a lo que rodea y acompaña al hombre: Así, las escuelas próximas a las pampas dilatadas o a las montañas sugestivas, inciden en el espíritu de los nacidos en América para la formación del tipo nacional. Allí se estaba gestando la república y cooperaron eficazmente, los colegios, como el de Córdoba, de Nuestra Señora de Monserrat.

Si como dice el testamento de Isabel la Católica y tanto otro título de la conquista americana, evangelizar era el móvil de la misma, manteniendo en justicia y amparados en libertad a los naturales, dirá después Carlos V, es evidente que conseguidos estos propósitos, la independencia de estas tierras es un fruto espontáneo de la colonización. Los guerreros y los pensadores de la independencia son, pues, una mutación lógica de la substancia social aquí elaborada. Y esto nos dan a entender aquellas disposiciones magníficas para la fundación de colegios y universidades: «Para naturales y españoles de estas tierras». A pesar de la pasión nobilísima por la independencia, algo así trasuntan los poetas de muchas canciones primigenias o el del himno patrio: «Se conmueven del Inca las tumbas...» y la declaración de todas las constituciones proyectadas para el país — Dios, fuente de toda razón y justicia —; con lo que se demuestra la persistencia de los dos elementos forjados en aquel segundo período, el particular, nacido de la tierra y el ecuménico, la civilización cristiana.

Antes que los pensadores políticos, los artistas y los educadores sintieron vibrar en su alma ese inefable amor a la tierra. Ellos tradujeron en armonía y en lógica esa eterna inmutable verdad: la Patria. Y porque allí sentimos sus primeras palpitaciones, es que a sus factores egregios

rendimos con alegría culto de reverencia. He aquí la razón de las fiestas, ya que éstas traducen las alegrías del corazón y de la mente.

El Monserrat, nacido en aquel segundo período de formación de la sociedad civil, ha hecho patria; pero el Colegio es obra de un espíritu, el de Ignacio Duarte y Quirós, alma de varón justo, y aquí ha de encontrarse también la razón de su permanencia y el fruto de sus virtudes.

«El justo es amado de Dios y de los hombres y su memoria se conserva en bendición.»

Varón justo fué Duarte y Quirós. Ignacio, sacerdote, cultivó todas las virtudes: fué casto, puro, modesto, prudente, deseosísimo de la salvación de los demás, castigador de los crímenes, abogado y padre de los pobres. Laudatoria IIª. Duarte siguió la enseñanza evangélica: despojarse de todo lo suyo y seguirle al Maestro después; y él lo hizo y dió todo lo suyo para que en este Monserrat se «educasen en el Santo Temor de Dios, Virtud y Letras», los jóvenes «de estas dilatadas tierras». Cada día tienen sus horas los estudiantes destinadas al recuerdo de las cosas celestiales, preces vocales y lecturas sagradas, ocupaciones que son intercaladas en el estudio de las letras y con honestas recreaciones. Pról. de las Laudat.

Amó Duarte a Dios y quiso que lo adorasen: para eso dió todo lo suyo. Lo siguió y lo hizo seguir; juraron los primeros estudiantes defender el dogma de la Inmaculada.

Porque amaba, era ardiente en su fe y él que nunca pidió ni deseó honras, solicitó para la guarda de su Fe la función de Comisario del Santo Oficio.

Amaba hasta el sacrificio. Era puro como los lirios simbólicos de su stirpe.

Llegaba a Dios por el corazón y por la mente; por eso en Virtud y Letras dispuso que se educaran los alumnos del Colegio.

Cumplimiento de aquella sentencia «el justo florecerá como palma; como cedro del líbano se multiplicará» es

la «corona de piedras brillantes» que la forman los soldados, poetas, sacerdotes y pensadores de la Patria que bien podemos colocar sobre su cabeza como fruto de sus virtudes.

Corona brillante y trascendente cuyos beneficios recibimos nosotros y lo recibirán las generaciones de los tiempos venideros.

Tenemos conciencia de la verdad de la aserción y nos alegramos. La verdadera alegría es coral, dice el Cardenal Kepler; y Duarte habrá sentido el coro de gracias y alabanzas que la república eleva por su obra, obra de su virtud.

Duarte y Quirós como varón justo que era, amó a Dios sobre todas las cosas, amó a los hombres, y fué docto en las ciencias divinas y humanas. Las fiestas celebradas evocan cada una de esas fases brillantes de su alma. La primera, el 30 de Julio, misa solemne de Requiem con responso, celebración adecuada de su amor a Dios. Fiesta de amor humano en Dios; la peregrinación a su viejo solar; y fiesta de las letras el acto solemne y académico del primero de Agosto.

Desde tierras lejanas muchos días antes de la primera fiesta, llegaban los mensajes de cariño y adhesión. Testimonios que certificaban la lumbrera virtuosa del Colegio y estímulo para los que en el seno del mismo trabajaban en cumplimiento de resoluciones superiores del señor Rector de la Universidad y del Colegio para que los actos tuviesen el brillo necesario.

La actividad era creciente; la comisión encargada de la organización de los festejos con digno celo conseguía despertar en sus conciudadanos idéntica alegría que la que los embargaba.

Los muros y patios del Colegio por su disposición ostentaban sus legítimas galas; así en techos y balcones aparecía la bandera nacional, testimoniando la íntima unión de ambos símbolos de la argentinidad. En el patio de honor el escudo jesuítico con su leyenda trascendental en



LAS FIESTAS JUBILARES. — La Presidencia al entonarse el Himno Nacional.



Las autoridades presidiendo, rodeadas por el cuerpo de profesores e invitados de honor.



El Excmo. Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación
pronunciando su discurso.



El señor Rector de la Universidad, doctor Sofanor Novillo Corvalán
pronunciando su discurso.



El señor Rector del Colegio, Ing. Rafael Bonet,
mientras pronuncia su discurso.



El señor Gobernador, Amadeo Sabattini, entrega el premio «Duarte Quirós»
al Bachiller señor Juan José de Vértiz. Momentos antes hizo lo propio el señor Ministro
de Instrucción Pública de la Nación al señor Bachiller Alberto H. Bonet.



Firma del acta de la piedra fundamental del monumento a Duarte Quirós.





Firma del acta de la piedra fundamental del monumento a Duarte Quirós.





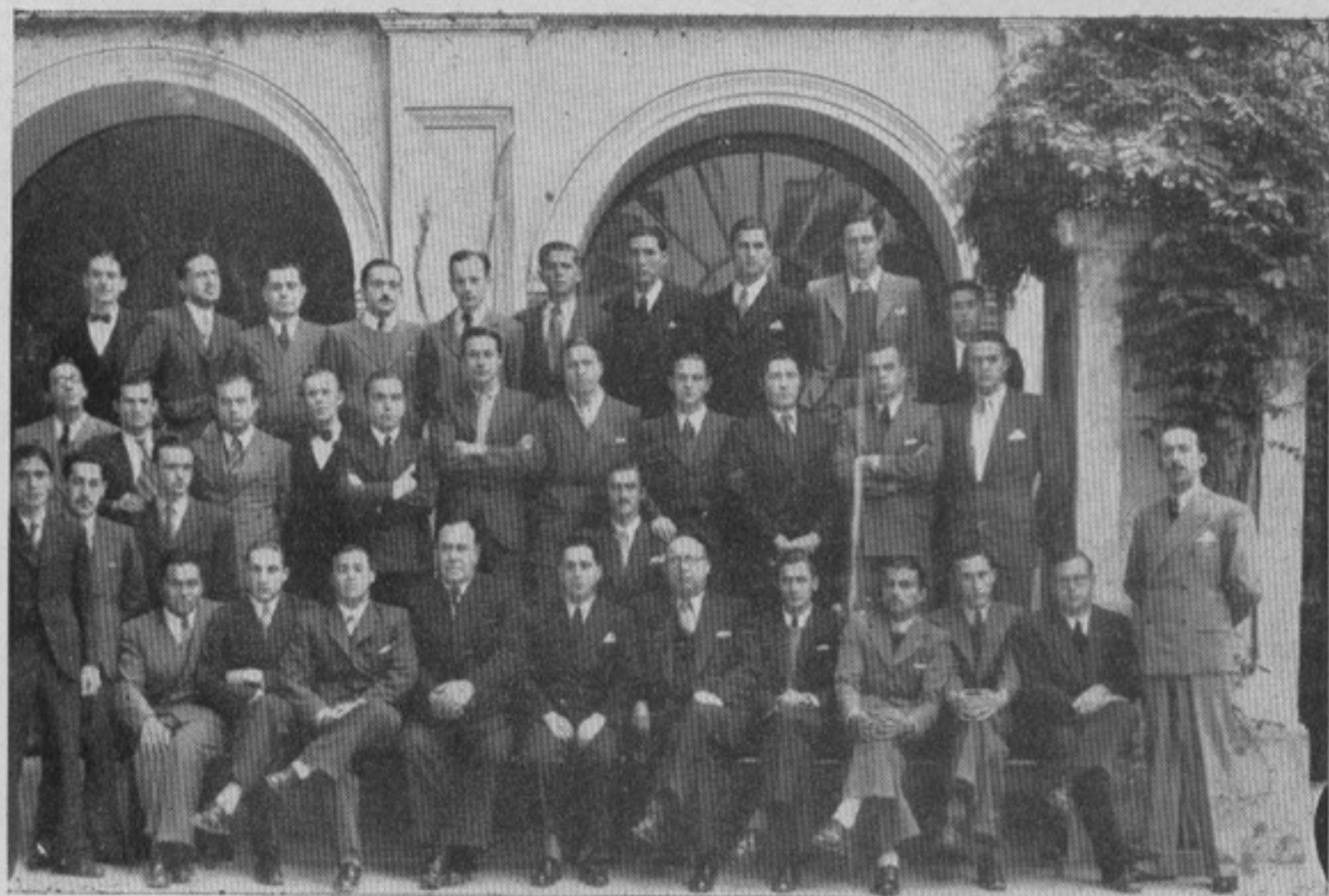
BACHILLERES de 1937. — Sexto Año — 1ª Sección.

Sentados: Carlos J. Clariá Olmedo, Raúl A. Torres Loza, Ricardo C. Pedernera, Luis A. Quintana, Héctor E. Guillamondegui, Mario E. Corada, Sr. Rector Ingeniero Rafael Bonet, Vice Rector Dr. Valeriano G. Torres, Luis Pera Dejordi, Pedro J. Frías, Miguel A. Buteler Echenique, Alberto Díaz Bialek, Bernardo A. Bas, y Benjamín M. Sársfield.

Segunda fila: Julián R. Moreno, Floreal Domingo, Alberto Averboch, Juan B. Videla, Osvaldo A. Mariano, Mario Sánchez Moreno, Salvio A. Masjoán, Eduardo Lucero Díaz, José A. Perea, Luis A. Caeiro Funes, Juan F. de León, Guillermo García Montaña y Horacio D. Aguiar.

Tercera fila: Ignacio Garzón Ferreyra, Victorio Laconi, Raúl L. Leguía, Merched Mitre, Roberto M. Gudiño, Víctor M. Novotny, Pedro E. Olmos, Juan M. Masjoán, Agustín A. Otero y Gotardo R. Mazzucco.





BACHILLERES de 1937. — Sexto Año — 2ª Sección.

Sentados: Oscar R. Acuña, Ricardo H. Tillard, Hugo V. Reyna, Sr. Rector Ingeniero Rafael Bonet, Sr. Vice Rector Dr. Valeriano Torres, Prof. Sr. J. Carri Pérez, Ricardo E. Bertello, Livio E. Reartes, Jorge Diebel, José H. Monserrat; Empleado Administrativo Sr. José Bernardo Trebúcq.

Segunda fila: Héctor H. Bianchi, Lisandro E. Gutiérrez Grau, Jorge Repetto, Néstor José Núñez, Iskender Kuyumllian, Abraham Kenis, Natalio Freiberg, Reynaldo Rata Zelaya, Lisandro L. Dalle Mura, Federico E. Stiegemann, Jorge R. Dematteis, Francisco Bustos, René Colombo y José León Chércoles.

Tercera fila: Jorge V. Morán, Juan Carlos Azar, Enrique Ruiz de Olano, Agustín Gamond, Jorge Martínez Casas, Ricardo L. R. Pastori, Pedro P. Villafañe, Héctor Efraín Liendo, Bartolomé Minetti y Alfredo Adén.





BACHILLERES de 1937. — Sexto Año — 3ª Sección.

Sentados: Lorenzo Lombardich, Enrique Castellano, André F. Fidalgo, Segundo A. Miranda, Remo Mazziari, Alberto F. Arbonés, Julio Ruiz Orrico, Sr. Rector Ingeniero Rafael Bonet, Sr. Vice Rector Dr. Valeriano Torres, Oscar R. Moll, Miguel Manzur, Rafael Latella Frías, Ramón Celiz, Domingo A. Carbonetti y Celador Arturo Sappia.

Segunda fila: Daniel Pérez, Raúl E. del Campillo, Miguel A. Buteler, Rodolfo T. Funes Campins, José Lavisce, José Nazar, Héctor Gilly, Horacio A. Vélez, Alfredo Cesáreo Menoyo, Raúl Oscar Yavarone y Boris G. Blanck.

Tercera fila: Oscar Rodríguez, Santiago Suppo, Alberto López Carusillo, Antonio F. Scarpello, Juan C. Rostaño, Ignacio Nores Moyano, José Pedro Iraci, Rogelio Cabanillas, Carlos Alfredo Astrada y Eduardo F. Angaroni.



Sr. Alberto H. Bonet



Sr. Juan José de Vértiz

Bachilleres de 1936 que merecieron el premio «Duarte Quirós».

los siglos y acogedora: Isus Homininum Salvator fué engastado en el muro legendario. Al frente el escudo de la nación parecía el símbolo de una substancia fructificada.

Con éxito en todas sus partes se realizó la preparación de las fiestas. La república participaba de ella; y embajadores cordiales llegaban a diario a visitar el Monserrat.

Julio en Córdoba, es tibio y acogedor y en los últimos días realizaríanse las fiestas. A ellas fueron invitadas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la Nación, de la Provincia y Municipalidad, señores Rectores de las Universidades y Colegios de la república y a todos los que el Colegio llamó a su seno para celebrar las fiestas.

La primera fué el 30 de Julio. Celebración, dijimos, simbólica del amor divino de Duarte. Consistió en una misa solemne por el descanso de su alma y de la de los muertos del Colegio: servidores, alumnos y maestros. En la iglesia de la Compañía y no en otra debía oficiarse el sacrificio. Ilustres soldados del espíritu, ellos recibieron de Duarte el Colegio; además, al fundarse el Monserrat en la Compañía, se celebró una misa solemne y un orador reputado explicó a la Córdoba de hace siglos lo que eran los Colegios de jóvenes.

Por Duarte, maestros, estudiantes y servidores del Monserrat concurrieron a orar las autoridades de la nación organizada, quienes se reunieron en el salón rectoral del Colegio. A las 10 trasladáronse al templo en comitiva que encabezaban los señores Vicegobernador de la provincia, Rector de la Universidad, del Colegio, señores legisladores, magistrados y profesores universitarios y del Monserrat que ocuparon la cabecera y escaños centrales de la iglesia.

Los alumnos del Colegio llenaban la planta del templo y en su sitio arzobispal Monseñor Fermín E. Lafitte asistía en el presbiterio a la misa que ofició el Rvdo. P. Superior de la Compañía de Jesús en Córdoba, Eustaquio Zurbitu.

Las luces destacaban la policromía armoniosa del techo del templo, las lámparas votivas la plenitud de vida de

los rostros de los santos y el coro la creciente excelsitud del sacrificio. Y en el Introito «Dales, Señor, el eterno descanso y alúmbreles la luz eterna». Sólo en la iglesia de Cristo es posible esa hermandad de los grandes y pequeños en la vida y en la muerte. Ilustres como Duarte, humildes como aquellos servidores que lega al Colegio «el mulato llamado Antonio y a su mujer de dicho mulato llamada Margarita y a un hijo suyo llamado Rodrigo»; emocionante en la perspectiva del tiempo como aquel colegial del Monserrat de 22 años D. Gabriel de Castro, testigo de la muerte del fundador, y todos los ilustres rectores que sucediéndose en el tiempo han colaborado siempre en la obra permanente del Colegio. Por el servidor Rodrigo antecesor de otros humildes, pero queridos personajes del Colegio que fueron en su época temor de niños luego grandes de la patria, por los ilustres rectores y maestros que los formaron en el tiempo.

Durante la misa, una comisión de profesores presidida por el señor Rector y Vicerrector del Colegio acompañaron desde la sacristía hasta el púlpito, al Pbro. Dr. Severo Reynoso, profesor del Colegio, quien pronunció una brillante oración destacando la figura del Fundador y la trascendencia de su obra.

Ofició el responso litúrgico el Illmo. Señor Arzobispo, quien finalmente bajó del presbiterio hasta los asientos de las autoridades acompañado de sus acólitos y del Padre Ministro y del Superior de la Compañía para salir todos juntos del templo.

Los dueños de casa volvieron a trabajar. Al día siguiente la segunda conmemoración debía realizarse: La fiesta de correspondencia de amor. Porque Duarte amó a los hombres y edificó para los jóvenes, la floración de estos tiempos fué llevada al viejo solar a donde otrora después de largo viaje llegaban los estudiantes del Colegio. A la casona blanca y acogedora, recia en sus muros y graciosa en su interior como el alma de Duarte, llegaban ahora dos siglos y medio después como expresión ingenua y veraz de

una auténtica ley: la tradición es armonía de movimiento en el tiempo que no pierde su virtud creadora.

En un largo tren, moderno, orlado con las banderas de la nación nueva, fueron embarcados los estudiantes del Colegio, que recorrieron acompañados de sus profesores la ruta paralela a la carretera histórica, el camino al Alto Perú. Bien podemos decir que era todo ello la expresión del símbolo de una evolución: caminos de la patria incipiente y desarrollada, hacia el solar del sacerdote, del educador, para asistir previamente al santo sacrificio numen del espíritu inmutable de la nación que, en las bellas colinas de Jesús María recibió el Gloria a Dios de las generaciones presentes.

Desde la estación hasta la casa de Duarte los alumnos del Monserrat marcharon en columna. Iba delante la bandera custodiada por tres estudiantes y acompañada de la banda del Regimiento de Infantería N° 13. Veinticinco pasos atrás el Vicerrector del Colegio Dr. Valeriano G. Torres, presidía la comitiva de profesores e invitados especiales.

Corría el viento que se ondulaba en las colinas y tomando las notas marciales las debió llevar hasta los muros de la casa para repercutir en la lejanía de los campos; acaso si los muertos por la patria sintieron alterar su reposo por el rumor de los sones en la música callada de la inmensidad, hayan vuelto a reposar en paz al oír escapar de las bocas juveniles «Se levanta a la faz de la tierra, una nueva y gloriosa nación».

En el portal de la casa, sus actuales propietarios recibían gentilmente a los visitantes. Entretanto, el señor Rector de la Universidad, Dr. Sofanor Novillo Corvalán, el Rector del Colegio, Ingeniero D. Rafael Bonet, autoridades universitarias, y la Comisión de Homenaje concurrían a la estación del ferrocarril a dar la bienvenida al señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, Dr. Jorge de la Torre, quien llegaba a Córdoba para participar de los home-

najes, acompañado del señor Subsecretario, don Manuel Villada Achával y otros altos funcionarios. La presencia del señor Ministro significaba la adhesión del Gobierno Nacional, testimoniándose así la solidaridad de la república con el fausto acontecimiento. Presentados los saludos, el señor Rector de la Universidad se trasladó a Caroya para presidir aquel acto, asistiendo a la misa que se oficiaba en el portal de la casa, acompañado de las autoridades y profesores concurrentes.

Antes de la misa, en un mástil elevado en la cima de una colina cercana a la casa, el Vicerrector del Colegio izaba la bandera patria mientras un penetrante toque de clarín vibraba en el alma con otros recuerdos augustos, poblándose el ambiente de amor y de fe.

La misa fué oficiada por el Pbro. Dr. Filemón Castellano, profesor del Colegio, quien pronunció después un hermoso discurso. Con su acento nativo, las sentencias sagradas de las que fué intérprete talentoso, adquirieron en la fusión del fondo y de la forma los contornos armoniosos de las bellas verdades que constituyen la patria. Terminado el discurso, la concurrencia ocupaba el salón comedor de la casa para recorrer después sus viejas estancias y galerías, de donde fluye una permanente sugestión de que esa casa fué casa de reposo de un alma buena y pura.

Los estudiantes almorzaron en el patio de honor y en los sitios especiales dispuestos por la comisión, destacada desde el día anterior por las autoridades del Colegio para la organización del acto.

Fué sin duda la peregrinación al solar de Caroya una manifestación evocadora y feliz. A las 17 emprendióse el regreso.

El silencio bajó con los primeros velos del atardecer y envolvió de nuevo la casa; pero esta visita no será probablemente la última, ni el solar de Caroya permanecerá

ajeno a las preocupaciones de los niños y de los hombres del Monserrat, pues por gestión del Rector de la Universidad, la diputación cordobesa ha solicitado la expropiación de la finca para el Colegio de Monserrat.

El 1º de Agosto a las 11, realizóse la fiesta con que concluían las proyectadas y en la cual, fiesta de las letras la llamamos, el Ministro de la Nación, el Rector de la Universidad y el del Colegio, rindieron hondo homenaje a Duarte y Quirós constructor también de un pasado, necesario para hacer posible este presente que vivimos como pueblo independiente.

Reunió el acto solemne del Colegio a todas las autoridades y enviados especiales: el señor Ministro de Instrucción Pública, el Gobernador de la Provincia, el Rector de la Universidad, el Señor Arzobispo, el señor Intendente, el Jefe de la División Militar, el señor Rector del Colegio, señor Subsecretario de Instrucción Pública, Presidente del Superior Tribunal de Justicia y de la Cámara de Senadores, Ministros, Decanos, Magistrados y Legisladores, quienes ocuparon el palco levantado en el patio principal.

Los estudiantes, al frente, llenaban la sucesión de bancos que en escala cubrían la mitad del patio. Las delegaciones de los Colegios Incorporados ocuparon los costados del mismo y las familias y señoras de las autoridades, el espacio libre alrededor de la fuente.

Las bandas de música ejecutaron los acordes marciales del himno, el que fué coreado por la concurrencia íntegra. Acto continuo Monseñor Lafitte bendecía la piedra fundamental del monumento subscribiendo el acta las autoridades presentes.

Fué esta la fiesta de las letras. Gobernantes y rectores elevaron su voz y doscientos cincuenta años después de la fundación pudieron decir con el autor de las Laudatorias, que «Ni la violencia de los vientos ni las lluvias borran las letras grabadas en este Monte, como el Olimpo, el Monse-

rrat». Fueron los discursos magistrales lecciones para los jóvenes, reflexiones maduras para los hombres a cuyo cargo está la enseñanza. Todos escucharon la aserción innegable de que la tradición es un contenido espiritual necesario para avanzar en el tiempo. Si perdemos el recuerdo de «dónde venimos, es probable que olvidemos a dónde vamos». Por eso en el 250º aniversario el señor Ministro pudo decir: «Símbolo humano, de una vocación eterna que se equilibra con la fe y la serenidad»; y el señor Rector de la Universidad: «Pero no todo lo ha descompuesto el tiempo; quien penetre a esta casa, cruce sus claustros... si tiene alma, sentirá un alma sobreviviente y, a la hora del crepúsculo, acaso la imaginación vea el desfile de sombras tutelares y escuche la voz profunda de los siglos pasados, pero no muertos»; y el Rector del Colegio, dijo: «Figura de heroísmo cristiano, que asciende hacia la muerte en la emoción del éxtasis y que evoca la atmósfera de transfiguración con que representamos el halo que envuelve la cabeza de los Santos... y estamos en su templo. Siglos, piedras, claustros, sensación de perennidad.»

Finalizado el discurso del Ministro, se dió lectura al decreto disponiendo la entrega del premio Dr. Ignacio Duarte y Quirós a los dos bachilleres de los egresados en 1936, que obtuvieron las más altas calificaciones de conducta y promedios de notas. Distinción tan honrosa correspondió a los señores Alberto Horacio Bonet y Juan José de Vértiz, pronunciando este último un bello discurso de afirmación de principios.

Finalizó el acto con el canto en coro del himno del Monserrat.

Las autoridades, profesores e invitados especiales, pasaron al salón del Colegio para ocupar luego el amplio local del gabinete de Física, presidido por un retrato de Duarte y Quirós y orlado de las banderas nacionales, donde tuvo lugar el banquete oficial. Terminado el mismo, el Rector de la

Universidad invitó a los concurrentes a recorrer los claustros y locales universitarios, para trasladarse luego a la residencia de la Compañía, donde visitaron la magnífica capilla privada de los Padres Jesuítas, obra de los artistas coloniales; luego en el templo soberbio y adusto, bajaron a la cripta donde se guardan los restos de dos ilustres americanos, sacerdotes y doctos, Trejo y Duarte. La cripta de bóveda pequeña, sin más luz que la que se filtra por las altas ventanas posteriores, es un ambiente propicio para la meditación que bien habla de lo efímero del día y la luminosidad perenne del espíritu y sus obras. La visita a la Compañía fué el último acto oficial.

El Colegio es ahora monumento nacional, blasón de la argentinidad. Duarte está consagrado en el corazón de los argentinos. Su figura será plasmada en bronce por el artista creador que debe imprimir en su faz, la luz de su alma. Las generaciones del presente, que comprenden su obra, contribuirán en la forma necesaria para la erección del monumento. Los primeros libros del Monserrat, los primeros argentinos también, entre los que se cuentan las Laudatorias, serán reimpresos. Los alumnos y ex alumnos del Colegio llevan ahora el escudo y la efigie del fundador en la medalla de bronce acuñada para ellos; recordarán siempre así, gracias a estas felices providencias, las virtudes de Duarte y la trascendencia de su obra.

Las fiestas han terminado; el Colegio continúa su afán de todos los días, como hace siglos; pero los que viven en él saben que en la quietud del silencio, al atardecer, se renueva la fiesta de las cosas bellas.

En los pinos altísimos del patio buscan refugio miles de pájaros que traen su música ambulante. Los arcos y bóvedas se animan singulares con la luz moribunda, y en la vislumbre de los claustros parece advertirse el paso rumoroso de los siglos. Es la hora azul, pues la luz incide sobre la fuente de mayólica color de cielo y todo el ambiente se matiza así.

La campana del templo vecino modula su canto y llama. Es entonces cuando las almas elevan su «Ave María, gratia plena» — expresión de inefable pureza, excelsamente bella — y ganas dan de cantar con el Divino San Juan: «Mil gracias derramando — Passó por estos sotos con presura, — Y yendolos mirando, — Con solo su figura — Vestidos los dexó de hermosura.»



A G U S T I N D I A Z B I A L E T